

CAPÍTULO I.

¿Qué es el Rosario?

UN benemérito apologista católico⁽¹⁾ de los aciagos días del siglo pasado, definía así el Rosario: "Viene á ser un compendio del Evangelio, una especie de historia de la vida, pasión y triunfos del Señor, puesta con claridad al alcance de los más rústicos, y propia para grabar en su memoria la verdad del Cristianismo."

Esta es, digamos así, la teoría del Rosario, cuya práctica, que viene á integrar toda su institución, está magistralmente expresada por el citado gran Pontífice reinante, en la ya dicha encíclica:

"La fórmula del Santo Rosario la compuso de tal manera Santo Domingo, que en ella se recuerdan por su orden sucesivo los misterios de nuestra salvación, y en este asunto de meditación está mezclada y como entrelazada con la Salutación Angélica, una oración juculatoria á Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo."

De suerte que es el Rosario oración vocal y oración mental ó meditación, que unidas entre sí estrechamente

(1) Bergier. Dicc.

vienen á ser, como dice San Bernardo: “La oración una antorcha, de la cual la meditación recibe la luz,” según la cita de un piadoso escritor moderno⁽¹⁾ (*oratio et meditatio sibi invicem copulantur, et per orationem illuminatur meditatio*).

Y así, cuando consideremos cuál es la materia de esa oración vocal y cuál es la de la mental, y cómo pueden entrar en conveniente unión, y qué tan sabia es la inventiva de esa oración y de esa meditación, ya podremos ponernos al tanto de lo grandioso de institución como esa y de su portentosa sencillez, los dos extremos del infinito, el *fortiter* y *suaviter* de lo divino.

Eso quiere decir que la inventiva del Rosario es obra divina, estando al más seguro criterio, y que de no constarnos, como ciertamente nos consta, que esta gran práctica fué revelada por la Virgen Santísima á Santo Domingo, bastará que examinemos las calidades de ese gran invento de piedad, para creerlo fundadamente así con razonable certeza.

Tres memorables saluciones, las cuales valen por tres grandiosos himnos que jamás del cielo á la tierra pudieron mayores haberse entonado en obsequio de una criatura para gloria del Increado, tres memorables saluciones son la materia del Rosario: la del Arcángel embajador de Dios, anunciando á la humildísima María la Encarnación del Unigénito en su sacratísimo seno: “Te saludo María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres;”—La de Isabel, madre del prodigioso Juan Bautista, la que llena del Espíritu Santo y sabedora de esa gran embajada y de esa Alteza suprema de la Madre del Verbo.

(1) Anuario de María.

le dice también como el Arcángel, sobrecogida de respeto y agradecimiento, al ser en sus montañas visitada generosamente por María: “Bendita eres entre todas las mujeres” y “bendito es, añade, el fruto de tu vientre;”—Y la del Gran Concilio de los Obispos, reunidos en Efeso contra Nestorio, quienes al proclamar fervientes el dogma católico, después de discusión luminosísima llena de sabiduría, de piedad y de la ciencia profunda de la Biblia y de la Tradición, en medio de las aclamaciones del pueblo de Efeso que llora de alegría, exclaman así para siempre: “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.”

¡Qué saluciones! ¡Qué tres himnos de triunfo! ¡Qué himnos para honrar al Increado! ¡Qué celestial materia digna del espectáculo de los ángeles y de los hombres, para que, en voces concordes de estos con aquellos, los hombres no sólo aplaudan sino que rueguen y hagan una oración, como la cual, ninguna puede ser tan bien acogida ante el trono del Santísimo Dios!

Y esas tres tan breves saluciones, dichas una sola vez en su origen por el ángel y por los hombres, escritas para siempre en el libro del Santo Evangelio y en los augustos anales de la Iglesia, merecedoras por lo mismo de ser solemnemente repetidas de los cristianos, por vía no sólo de aplauso sino de oración, ¿en qué forma pudieran ser repetidas?

Ciento y cincuenta veces; ese es el invento divino, como vamos á admirarlo.

Antes diremos, que hubo desventurados volterianos en nuestra Patria, que con insensata soberbia se

burlaron cual de cosa inepta, de la repetición del Ave María, como se hace en el Rosario. Insensata soberbia; porque el hombre no es ángel, y si sólo con *la repetición* de sus actos de pensar, puede conseguir el efecto que el ángel consigue, *de una vez*, por la intensidad con que piensa, ¿cómo no ha de ser sabio que el hombre repita el Ave María, para pensar mejor en ella? ¿Y por qué no uno y cien esfuerzos en penetrarse bien de la gran dicha de esa salutación? En ella se contiene la expresión del infinito amor de Dios á los humanos, expresión que merece ser cantada, ser amada, ser pagada con las alabanzas de todos los ángeles, con la sangre de todos los mártires, con el amor de todos los santos y todos los justos.

Volteriano: si no es que niegues la verdad de la Encarnación del Hijo de Dios, no puedes negar que es muy sabio repetir, como se repite en el Rosario, esa memorable salutación angélica, esa memorable salutación de la madre del Bautista, esa memorable salutación del Santo Concilio y de la muy piadosa ciudad de Efeso, la noche de su triunfo contra Nestorio.

Sí, cristiano: repite, repite esas dulcísimas palabras. La repetición de las trompetas santas durante siete días, hizo caer con estrépito, en momento inesperado para los impíos, las murallas de la inexpugnable Jericó. Educa tu alma en esa santa repetición, que es gran gloria para Dios, gran honra para la Madre suya y Madre nuestra; gran medio de agradecimiento de lo que les debes, de alivio de lo que te aqueja, de conjuro de lo que te amenaza, y por fin, de goce de lo que anhelas por conseguir.

Esta elección de la materia de la oración del Rosario,

tan admirable de por sí, no lo es menos por la del número de sus repeticiones; y en esto figuran hasta profecías bíblicas que en la invención del Rosario se cumplen, como vamos á hacerlo notar. Aprovecharemos sobre lo nuestro también lo ageno de piadosos autores, cuya lectura ha quedado, por desgracia, relegada á sólo el humilde pueblo, ó ya por lo anticuado del estilo de su redacción, ó por la baja que el fervor de los creyentes ilustrados ha sufrido.

Si el número de los Salmos es de ciento cincuenta, muy armónico resulta que el mismo sea el de las Ave Marías en el Rosario, como que unas y otros constituyen una repetición de alabanzas, con la diferencia de que los Salmos son alabanza encubierta en profecía, y el Ave María es la realidad con el luminoso cumplimiento de lo profetizado.

Los Salmos fueron la alabanza oficial litúrgica del sacerdocio de la Sinagoga y lo son hoy del de la Ley de gracia, y el Rosario con sus ciento cincuenta repeticiones, es la alabanza de todo el pueblo distribuido en sus hogares ó congregado en el Templo ó en procesión en las calles; sin que por eso dejen de prestar su homenaje Papas, Obispos y demás sacerdotes de la Santa Iglesia, con el Santísimo Rosario, ya á la cabeza del pueblo congregado, ya también esas altas dignidades, como los simples fieles en el retiro de su hogar, en el seno de su familia.

El asunto de los Salmos es la alabanza á Dios por los beneficios de la Creación y los mayores de la Encarnación, Redención y Glorificación, todavía estos en su estado profético; y es tan grande esa alabanza, que, no por haberse cumplido en mucha parte esas profe-

cías, deja de merecer el Salterio el constituir la base de la alabanza oficial del cuerpo sacerdotal de la Santa Iglesia; disponiéndolo así la sabia Providencia para que la gloria de su Cristo se vea haber sido siempre una, así en los siglos de ayer como en los de hoy, y que así lo será en los de mañana: "Christus heri et hodie, ipse et in secula."—El asunto del Rosario es la alabanza por los beneficios de la Creación y por todos los ya dichos de la Ley de gracia, ya cumplidos, ya después que ha resplandecido su gloria, ya después que el Padre Celestial, dando al mundo su Hijo Unigénito, le ha convencido del amor inmenso y compasivo que le tiene, ya que hemos visto al Verbo hecho carne, lleno de gracia y de verdad, ya que hemos sabido de los labios del amable Jesús, que, verle á Él, es como ver al Padre, como si viésemos á Dios, como si Dios mismo se nos hubiese mostrado.

Pero el asunto del Rosario, no conteniendo explícitamente de por sí, en su oración vocal, todo el de los Salmos, está integrado, como ya se sabe, con el de la meditación sobre el recuerdo de todos los misterios de la vida, pasión, muerte, resurrección y ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, y con los de gozo, dolores y glorias de su Santa Madre, completándose así la armonía del rezo de los Salmos con el del Rosario; porque, lo repetimos, el movimiento de pensamientos y afectos en los Salmos, tiene por principal materia la profecía abundantísima de la vida, pasión, muerte, resurrección y ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, y no pocos misterios referentes á la Santa Madre de Dios.

Con razón por eso, pensando en la institución del Rosario, se ve el profundo alcance de esa aserción bí-

blica por la que podemos estar ciertos de que la Palabra de Dios, el querer absoluto de Dios, imposible es que queden en vano. Dios quiso amor, Dios quiso alabanza, Dios quiso prender fuego á la tierra y abrasarla en amor; Dios quiso ser alabado por este amor de los hombres, quiso que una oblación limpia se le ofreciese en todas partes y á todas horas, desde el Oriente hasta el Ocaso, y quiso que su pasión y muerte, y su última cena, como lo dijo explícitamente el Verbo Divino, y por consecuencia sus otros grandes misterios, se recordasen por los cristianos; y he ahí cómo ese querer no queda en vano: la estupenda institución de la Misa por una parte, y la estupenda del Rosario por otra, cumplen á maravilla con ese divino querer.

En toda la redondez de la tierra, desde los primeros siglos cristianos la Misa, y, desde el siglo de Santo Domingo, el Rosario, no han cesado de levantar al cielo la oblación pura de grandísimo número de cristianos, mediante la que se devuelven gracias, al Padre, por su amor con que nos dió á su dulcísimo Jesús y á esa dulcísima Señora, Madre de su Hijo y Madre nuestra. Y este movimiento de tantas alabanzas ha venido siempre en aumento, al impulso maravilloso de la hostilidad de los pecadores y de los impíos.

Nótese con ello esa otra consonancia admirable entre los fines del Rosario y los de la Misa: "Hoc facite in meam commemorationem." (Haced esto en memoria de mí.)

¿Quería Jesucristo que sus inmensos favores y los de su Madre amabilísima no se echasen en olvido, con la alabanza del recuerdo de agradecimiento y de amor? Lo ha conseguido portentosamente; porque jamás, des-

de que lo quiso, ha dejado de tener entre los hombres muchísimos que hacen diario recuerdo de lo que le debemos á Él y á la Reina; número que todos los días va en prodigioso aumento; y que plegue á vosotros ¡oh piadosos Jesús y María! aumentémos el que esto escribe y los que lo escrito leyeren. Que ese amor bienhadado de los Pablos é Ignacios, de los Ireneos y Anasios, Cirilos y Leones, Gregorios é Ildefonsos, Anselmos y Bernardos, Domingos y Franciscos, Tomás y Buenaventura, Brígidas y Catalinas, Magdalenas de Pazzi y Teresas de Jesús, Píos V, Felipe Neri é Ignacio de Loyola, María de Agreda, Alfonso de Ligorio y Bernardita de Lourdes, Pío IX y su no menos dichoso Sucesor; que ese amor bienhadado de tan distinguidos cristianos, haga de nosotros lo que fueron ellos.

Por fin, en este punto, para dar idea breve de las armonías que reinan entre el número de las alabanzas del Rosario en sus Ave Marías y el de muchas figuras proféticas del Antiguo Testamento, bastará transcribir algunos conceptos de un libro muy popular entre los cristianos piadosos de las naciones hispano-americanas:

“En el Arca de Noé se halla este número; (ciento cincuenta) porque, como dice la Escritura, á los ciento y cincuenta días, que es el número sagrado del Rosario, los manantiales del abismo que anegaban la tierra se cerraron; las nubes y las tormentas cesaron; fueron á menos las aguas del diluvio; descansó el Arca sobre los montes y se acordó Dios de Noé y de todos los animales; por donde se conoce cuántas son las maravillas que andan juntas con la sombra del Santísimo Rosario. Con él se cierran las puertas del abismo infernal; con él se serena el cielo, cesan las tempestades

y rigores de la Divina Justicia; van á menos las tribulaciones y descansa la Iglesia, y se acuerda el Señor de los hombres y animales del Arca; esto es, de los buenos y malos cristianos”

“Está así mismo figurado en el Tabernáculo de Moisés (como lo dice la Escritura) en todos sus números, de diez, cincuenta, y ciento y cincuenta, en las cortinas, hebillas, presillas y círculos ó coronas de oro, con que se había de vestir el Arca, adornar el Santuario y perfeccionar todo el Tabernáculo; por todo lo cual debes entender las virtudes de que se vistió y adornó el Arca María Santísima, el Sancta Sanctorum, y el Altar de los Sacrificios, que es la Sacratísima humanidad, con todos los misterios de su santísima vida. Y en las hebillas, presillas y círculos de oro, que eran ciento y cincuenta y unían las cortinas y vestuario del Arca y Santuario, has de considerar las ciento y cincuenta Ave Marías del Santísimo Rosario, que unen y juntan en uno entero las virtudes, obras y misterios de Cristo y su Madre, de que se vistieron sus santísimas almas, y se visten todas las de los cristianos.”

Cúmplenos ahora exponer lo que corresponde á ese asunto de recuerdo y meditación de los grandes misterios de Jesucristo y de María, con que se entrelaza la oración vocal en el Rosario; pero esto ya reclama un nuevo capítulo, que es el siguiente.